



Tiniebla

Paul Kawczak

DESTINO

# Tiniebla

暗黒

Paul  
Kawczak

Traducción de Isabel González-Gallarza

Ediciones Destino  
Colección Áncora y Delfín  
Volumen 1524

Título original: *Ténèbre*

© Éditions La Peuplade, Paul Kawczak, 2020

Publicado por acuerdo con Éditions La Peuplade, sus representantes debidamente autorizados Books And More Agency #BAM París, Francia, y The Ella Sher Literary Agency. Todos los derechos reservados.

© por la traducción del francés, Isabel González-Gallarza, 2021

© Editorial Planeta, S. A., 2021

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.edestino.es](http://www.edestino.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición: febrero de 2021

ISBN: 978-84-233-5893-9

Depósito legal: B. 288-2021

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rotativas de Estella, S. L.

*Printed in Spain* - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

# PRIMERA EXPEDICIÓN CLAES

Septiembre de 1890 -  
abril de 1891

No era Mason ni Dixon, pero no dejaba de ser un geómetra. La Conferencia de Berlín había despedazado África en una parodia de la justicia del rey Salomón, al gusto de la ferocidad moderna. Pero, en ausencia de la compasión de una madre, sus majestades occidentales practicaron los cortes en carne viva; así se hacía con las tierras africanas en 1885. Quedaba, sin embargo, una cuestión pragmática: ¿cómo fijar, en la realidad de unos espacios inmensos, las fronteras de un continente invisible para el ojo blanco? La Conferencia de Berlín se había limitado a plantear un reparto teórico de las tierras africanas, había decidido unas reglas imprecisas y voraces en función de las cuales se mutilaría el continente.

Inglaterra, Francia, Bélgica, Italia, Portugal, España y Alemania se lanzaron sin freno a devorarlo. Hombres, mujeres, plantas, animales, tierras, aguas, suelo, cielo, cualquier cosa era susceptible de ser arrebatada a ese exuberante desconocido. Toda una civilización burguesa, masculina y enferma, atiborrada de producción, exangüe de acción y corrupta de sueños, se entregó con erotismo y violencia a una

fantasía de tierra hembra y primitiva, de nueva Eva negra a la que violar sin tregua en la noche blanca, sangrándola de todas sus riquezas, ultrajando su ternura de madre, gritándole la muerte vacía en el rostro de diosa indolente. Hombres feroces navegaron sus ríos, atravesaron sus desiertos, sus sabanas y sus junglas, hasta que, fatalmente, se encontraron.

En la primavera de 1887, en el límite norte del nuevo Estado Libre del Congo, propiedad exclusiva de Leopoldo II, rey de los belgas, un destacamento de la legión extranjera francesa encargado de explorar las fronteras del África Ecuatorial Francesa se topó con una incipiente explotación belga de caucho. Cada cual reivindicó el territorio como perteneciente a su nación. Se caldearon los ánimos. Los legionarios, febriles y trastornados, abrieron fuego y mataron a once civiles belgas y veintitrés indígenas. Unos meses más tarde, un incidente similar se cobró catorce vidas del lado de la frontera sudanesa; al año siguiente, otro más costó seis vidas en el mismo lugar, y otro, algo más tarde, en la frontera norte, acabó con la vida de ocho personas.

Las riquezas del Congo habían sido objeto de particular codicia durante el proceso que había llevado a la Conferencia de Berlín, y Francia e Inglaterra estaban dispuestas a recurrir a todas las ambigüedades de la jungla para tratar de desplazar un poco las fronteras a su favor, aunque para ello tuvieran que arrastrar a Bélgica a un conflicto local armado del que tenía pocos visos de salir vencedora. En esa época, Europa buscaba ya la destrucción que sufriría en su propio territorio un cuarto de siglo más

tarde. Sin embargo, ni Francia ni Inglaterra deseaban abiertamente desencadenar un conflicto. Leopoldo II lo sabía, y decidió jugar la carta de la legitimidad. La frontera norte, incierta, podía llegar a ser fuente de discordia; sólo había una cosa que hacer: materializarla y dibujar su trazado exacto de una vez por todas en mapas detallados y precisos. Moviéndose por consideraciones estratégicas, Leopoldo II, uno de los principales instigadores de la Conferencia de Berlín y de las violencias coloniales en esa época de apetitos ávidos y mezquinos, tomó una decisión que no implicaba directamente ni armas ni dinero, sin buscar el respaldo de sus amigos banqueros ni de su ejército. Tuvo la idea razonable —que, según dicen, le sugirió su esposa, María Enriqueta de Habsburgo-Lorena, archiduquesa de Austria y princesa palatina de Hungría, mujer alegre y vital, apasionada de la equitación hasta el punto de prodiigar ella misma sus cuidados a los caballos del palacio imperial— de recurrir a la ciencia de un geómetra.

Como decíamos, no se trataba, pues, de los célebres Mason y Dixon, aquellos que un siglo antes establecieron las fronteras de Maryland con Delaware y Pensilvania, pero sí de un geómetra al cabo. Y uno excelente, extremadamente prometedor, o al menos eso decían sus maestros y compañeros de la Sociedad Belga de Geómetras de Amberes. Pierre Claes, oriundo de Brujas, que por aquel entonces aún no había cumplido los treinta, de lengua materna flamenca pero con un dominio perfecto del francés —con un curioso deje meridional, en verdad sorprendente en alguien que nunca había puesto los pies en el

sur—, recibió la misión, de resultas de las tensiones territoriales que envenenaban las relaciones de Bélgica con sus vecinos coloniales, de establecer con precisión y sobre el terreno, entre indígenas y fieras, una parte de la frontera norte del Estado Libre del Congo y reproducir su trazado con exactitud en los mapas oficiales. Allí donde unos conquistadores burgueses de barbas augustas y fragantes habían fijado sobre un mapa, con trazo recto y presuroso, el destino de un país, Pierre Claes debía materializar en esas tierras salvajes, como caído del cielo, el trazado exacto de lo que Europa denominaba entonces el *progreso*.

Pierre Claes dejó Europa desde el puerto de Amberes el 10 de enero de 1890, a bordo del paquebote inglés *Victoria*. La preparación científica y logística de la misión había durado seis meses, un tiempo mínimo para quien se aventuraba en profundidad en lo que la opinión belga llamaba entonces *el Congo-Minotauro*. Aunque, como todos entonces, el joven geómetra era consciente de que de África volvían menos hombres de los que a ella partían, jamás podría haber conocido las cifras exactas de mortalidad del funcionariado belga en las colonias, pues se observaba un estricto silencio al respecto. El artículo 4 del reglamento para el personal del Estado Libre del Congo estipulaba que los funcionarios se comprometían a no divulgar nada sobre los asuntos del Estado a nadie ajeno al sistema administrativo del mismo. Pierre Claes ignoraba, pues, que en 1890 la

tasa de mortalidad de los funcionarios territoriales destacados en el Congo era de uno de cada tres, por no hablar de las limitaciones importantes, y a veces definitivas, que imponían las enfermedades ecuatoriales. Como buen agente del Estado, se había centrado ante todo en el éxito de su misión, orgulloso de lanzarse a la Aventura, que imaginaba estimulante y hermosa, como en los libros ingleses que había leído con avidez entre los quince y los veinte años. Dejaba atrás su país sin melancolía, henchido, incluso, de un ligero orgullo. Creía en el proyecto civilizador de su patria, creía en su juventud y en su rey, y el día de su partida brillaba un sol radiante. ¿Cómo pensar a esa edad que el azul del cielo podría mentir? Su confianza en su regreso a la patria era absoluta.

Por aquel entonces, los mapas del «continente negro» estaban en blanco, aún por trazar. Esa extensión inmaculada en los planisferios, la más grande, que hacía soñar a los niños, agotaba a los hombres en sus junglas oscuras y revelaba toda la crueldad de sus corazones. Ese punto ciego de los mapas era el punto ciego del alma. Tal vez en el centro del río, a bordo de un pequeño vapor pilotado por un capitán extranjero, se podía estar lo bastante lejos de la locura estancada de las tierras para conservar la cordura. Pero la misión de Pierre Claes habría de conducirlo regularmente a tierra.

Tras una breve escala en Southampton, el *Victoria* puso rumbo a África.

Las costas europeas se alejaban día tras día.

Pierre Claes nunca volvería a verlas.

El *Victoria* atracó en el puerto de Matadi el 20 de marzo de 1890. Pese a que los pasajeros habían tenido tiempo de acostumbrarse progresivamente al clima ecuatorial, los sorprendió el aire caliente que asfixiaba las tierras. El pesado equipaje se enviaba a almacenes particulares para que los recién llegados no tuvieran que ocuparse de inmediato. Asombrados por el negro pulular en los muelles de madera, los pasajeros de ambos sexos cruzaban vacilantes la pasarela de desembarco, unos detrás de otros, en tímidos grupos, estupefactos ante esos cuerpos negros que apenas conocían y que caminaban, corrían, hablaban, gritaban, miraban de otra manera y, sin embargo, eran, se veía a primera vista —algunos habían albergado la esperanza de que no fuera así—, innegablemente humanos. Nunca sentirían tanto esos blancos, como en esa primera mirada, con una viveza tal, la fraternidad fundamental que los unía a aquellos a los que llamaban *negros*. No tardarían mucho en cosificarlos y odiarlos. Ya lo presentían quienes bajaban en ese momento por la pasarela. Sobre ésta, aún tenían miedo.

No lejos de los muelles aguardaban unas pequeñas carretas tiradas por bueyes que podían transportar hasta ocho personas a la vez sobre los caminos llenos de baches del puerto. Todavía eran relativamente escasas en el Congo de entonces, y al subir a una de ellas Pierre Claes tomó asiento junto a una mujer blanca. Era una joven escocesa, oriunda de Saint Andrews. Llegaba al Congo junto a su prometido. Éste seguía aún junto al barco para cerciorarse de que el equipaje no se quedara a bordo. Se reuniría con ella en el presbiterio donde contaban con alojarse unos días. A continuación, partirían hacia Léopoldville, y desde allí al centro del país, donde tenían previsto fundar una comunidad religiosa. El prometido era sacerdote anglicano. Había adquirido por correspondencia unas tierras en el interior, que había mandado desbrozar. Allí los aguardaban unas viviendas rudimentarias. Iban a contraer matrimonio en Léopoldville. El viaje de bodas consistiría en un periplo de cuarenta kilómetros por la jungla a lomos de toro.

—¿Es cierto lo que dicen, que las mujeres blancas se quedan estériles con el clima ecuatorial? —le preguntó la muchacha a Pierre Claes en un francés titubeante.

El geómetra la tranquilizó, ya habían nacido varios niños de mujeres blancas en el Congo. Podría darle un sólido linaje a su esposo. El plátano, abundante en el país, constituía un alimento perfecto y proporcionaría a sus hijos cuanto necesitaban. Por no hablar de la leche de las negras, que se consideraba particularmente rica en proteínas.

—¿Y usted, caballero, espera también a una joven esposa europea?

Claes reparó en la extraña manera que tenía la mujer de mirar a su interlocutor a los ojos.

—No, señorita, estoy aquí para cumplir una misión para el rey...

Bajó de la carreta antes que ella, las oficinas de la administración colonial del Estado Libre del Congo estaban más cerca de Matadi que la misión presbiteriana a la que ella se dirigía. Se prometió visitar a la pareja una vez concluida su tarea. Para entonces ya tendría prestigio. Quizá la cortejara.

Pierre Claes sólo permaneció dos semanas en Matadi. Podría haber pasado allí más tiempo a expensas del rey, pero una vez enviado el material a Léopoldville no vio motivo alguno para demorarse. Un joven como él, obediente y sin verdadera experiencia, encaraba con cierto nerviosismo la Aventura que lo aguardaba. Más valía, pues, adentrarse inmediatamente en las tierras para poner fin así a esa excitación preñada de angustia.

En Matadi, entre los funcionarios blancos y demás agentes coloniales, bastante insulsos en general, sólo le llamó la atención una persona. Hermann von Wissmann, de nacionalidad alemana, había trabajado para Leopoldo II de 1884 a 1886. Pierre Claes había oído hablar de él en Bruselas. Von Wissmann había participado en la exploración del río Kasai, lo que había permitido explotar su navegabilidad. Había toda una leyenda en torno a ese hombre, que ha-

bía sido nombrado Reichskommissar del África Oriental Alemana y había cruzado el continente de este a oeste, una hazaña de la que pocos blancos podían jactarse en esa época. De baja estatura y prematuramente envejecido por sus aventuras, aparentaba sesenta años cuando ni siquiera había cumplido los cincuenta. Se había traído consigo de sus viajes a una mona llamada *Lily* a la que vestía como a un chico, y cuyos rasgos cansados compartía. Pasaba horas en su compañía —imitando cada cual los tics nerviosos del otro—, en la gran terraza de estilo colonial del Café Léopold. El hombrecillo encorvado delante de una taza de té tibio tenía la reputación de ser un oficial despiadado. No había tolerado oposición alguna al avance europeo en África. Había dado orden de incendiar varias aldeas y de ejecutar a numerosos indígenas. Corría el rumor de que mandaba cortar y secar los órganos genitales masculinos de los negros para reducirlos a polvo y bebérselos en el té, con el fin de apoderarse de su legendario vigor sexual. De noche, en Matadi se comentaba en voz baja que era un pervertido sexual, que había violado a más de un centenar de niñas negras, que había estrangulado a algunas de ellas y que se acostaba con su mona *Lily*, poseyéndola en posturas antinaturales. Esos rumores fascinaban a Claes. Nunca había visto de cerca a una bestia humana. Por ello, se emocionó cuando, en un flamenco impecable, Von Wissmann lo invitó a que compartiera mesa con *Lily* y con él. Como explorador principiante, el geómetra le pidió consejo al maestro.

—Descubrir África, joven, es descubrir el propio

corazón de uno... Despojarlo de su vestimenta, de la piel, los músculos y las costillas... Y contemplarlo, palpitante, en su agujerito obscuro... Cuando tenga los pies en el barro y la sangre, sabrá lo que tiene que hacer... El único consejo que puedo darle es que, llegado ese momento, no desfallezca...

Pierre Claes se había sentido deslumbrado por la tremenda energía que emanaba de Von Wissmann pese a sus ojos húmedos e inyectados en sangre. Se prometió que nunca flaquearía. Esa noche se acostó por vez primera con una indígena. Le dieron a elegir entre varias. No se atrevió a escoger a la más joven.

Dos semanas después de la partida de Claes, en la misma mesa a la que había invitado al geómetra, Von Wissmann mató a *Lily* de un disparo en la cabeza. Al día siguiente regresó a Alemania, donde fue recibido como un héroe nacional.

El viaje de Matadi a Léopoldville fue relativamente rápido —dos semanas— y cómodo. En parte había que agradecerse a Von Wissmann, algo que entonces Claes aún ignoraba. Habiéndose enfrentado a las dificultades que tenían los caballos para avanzar por terreno arenoso, éste había tomado prestado de las colonias portuguesas el uso del toro de montar, costumbre que había extendido por el Congo. El toro-caballo utilizado por los portugueses era corto de patas, fornido y muy musculoso. Exceptuando lo ridículo que podía resultar, para un agente de uniforme, montar una criatura no más grande que un poni, resultaba de gran ayuda recurrir a esos anima-

les de paso lento y gratamente regular cada vez que había que pasar por tierra firme, como ocurría entre Matadi y Léopoldville, debido a la fuerza del Congo cerca de su desembocadura, lleno de cataratas que hacían imposible la navegación en ese tramo. También había que agradecerle el uso de los barcos de vapor, a los que recurriría el joven geómetra en los ríos africanos. Al concluir sus primeras expediciones, el africanista alemán —como lo llamaba la prensa belga— había batallado largamente hasta conseguir que sus compatriotas emplearan esos ágiles barquitos, mucho más eficaces en terreno ecuatorial que todos los ejércitos modernos del mundo. En cuanto a la Sociedad Belga del Alto Congo, no había sido necesario persuadirla de nada, pues, nada más enterarse de las recomendaciones de Von Wissmann, se apresuró a enviar a Matadi un puñado de barcos de vapor. En la prensa de Bruselas no tardó en leerse lo siguiente:

[...] favorecer el auge del comercio honrado y el fin del esclavismo brutal mediante la creación de medios de transporte perfeccionados en los grandes cauces de agua del centro de África es hacer gala de un espíritu civilizado en el sentido más elevado del término [...]

Claes conversó sobre el tema, entre otras generalidades por el estilo, con algunos de sus compatriotas, subidos como él a lomos de un apacible toro enano de hocico baboso, sabedores de su misión civilizadora y deslumbrados, cada uno a su manera, por

la exuberante flora africana que entonaba ante ellos himnos de amor y de lágrimas.

Pierre Claes llegó a Léopoldville el 4 de junio de 1890. En el camino le dio tiempo a contraer la malaria. Durante el trayecto fallecieron tres porteadores bantúes, una cifra ligeramente inferior a la media registrada entonces por la administración colonial.